

# Repertorio Americano

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI

San José, Costa Rica 1930 Sábado 16 de Agosto

Núm. 7

Año XI. No. 503

## SUMARIO

Hans Christian Andersen en 1930.....

F. Laguarda Jaime.....

Budhismo y nietzschismo.....

A propósito del ensayo Bolívar.....

Hacia donde va la poesía?.....

El drama de Puerto Rico.....

La copla jibara.....

La amanecida.....

Carmen Lyra

Laguado-Jaime

R. Brenes Mesén

Serafin Delmar

A. Hernández-Catá

Luis Llorens Torres

R. B. Monterrosa

Gabriel Miró.....

Bibliografía titular.....

Censuras de esmeril.....

Epístola a Teresa de la Parra.....

El crepúsculo de los ídolos.....

Tablero (1930).....

Alberto Gerchunoff,  
Benjamin Jarnés y M.  
Fernández Almagro

Juan del Camino  
Juan Climaco Vitez  
Péter Altenberg

## Hans Christian Andersen en 1930

—Envío de la autora.—

A pesar de que habría estado más de acuerdo con la época, el pensar en Dinamarca por sus quesos que por los cuentos de Andersen, lo cierto es que todavía quedan gentes que piensan en Dinamarca por los cuentos de Andersen y no por sus quesos; y que han seguido con gran interés los homenajes tributados en París y en Copenhague a un hijo de aquel país con motivo del cienveigésimo quinto aniversario de su nacimiento.

En los primeros días de abril de este 1930 en que se ha celebrado el centenario del Romanticismo, el cable nos dió cuenta de la festividad con que la ciudad de Copenhague había honrado la memoria de Hans Christian Andersen: 70.000 escolares desfilaron por las calles hasta la estatua de La Sirenita que llora a la orilla del mar; luego se reunieron frente a la Casa del Ayuntamiento a ver interpretados por niños algunos de los principales personajes de los cuentos inolvidables: el cisne de *El patito feo*, *El Emperador de la China*, etc. El burgo-maestre pronunció un discurso frente a la estatua del escritor de amada memoria para los niños inteligentes y para los viejos inteligentes cuya sensibilidad no ha perdido frescura, niños y viejos de todas las latitudes, pues los cuentos de Andersen han sido traducidos al español, al inglés, al francés, al alemán, al ruso, al italiano, al hebreo, al chino, al japonés, al tcheko, al árabe, al bengalí. Quizá sólo las leyendas de la Biblia les hayan ganado en universalidad.

En mayo, los homenajes han sido en París: a la sombra de la memoria de Andersen, se colocó en la Ciudad Universitaria la primera piedra de un Colegio de Estudiantes daneses y la Biblioteca Nacional inauguró una exposición de recuerdos del poeta de Dinamarca que hace un siglo visitara París, pobre el bolsillo y rica de ensueños la cabeza. Allí estaba el retrato de Andersen por Ramberg, con su rostro feo y enjuto bañado por una suave luz interior. Al contemplar su fealdad, se comprende la amargura y el orgullo de su pensamiento al escribir *El patito feo* y *El sapo*. Él es este avechicho torpe al cual las aves de corral desprecian y dan de picotazos, pero que un día



Andersen

al inclinar la cabeza dispuesto a acabar, muerto por aquellos cisnes hermosos que él admira, se ve reflejado en el agua de un estanque; pero no es el suyo el reflejo de algo desprovisto de toda gracia, sino el reflejo de un ser bello y resplandeciente como una estrella: ¡él también es un cisne blanco! El es aquel sapo que en su ansia de luz sale del fondo del pozo en un cubo vulgar; todos le miran con horror. Y el día que sube en el pico de una garza, no cree que va hacia la muerte sino que sube hacia el sol, sintiendo que él es el sapo que lleva en la cabeza—como dice la leyenda—la piedra azul de la ilusión.

En la exposición está también el cuadro de la señora de Bauman en donde se ve a Hans Christian Andersen sentado a la cabecera del lecho de una niña enferma, leyéndole sus cuentos. La figura de Andersen es larga, desmañada, con unos pies inmensos. Sin embargo, cuán suave es la seriedad de su rostro desgraciado! Dentro de esta cabeza debe estar la piedra azul de la ilusión. Los niños lo escuchan arrobados.

Colgado en lugar muy principal de la

sala, se ve el retrato de Jenny Lind la cantatriz, el Ruiseñor del norte, como la llamaron en su tiempo. Dicen que Andersen estuvo muy enamorado de ella, pero que Jenny Lind detuvo el amoroso anhelo con su mano blanca que le ofrecía al mismo tiempo que su cariño de hermana, un espejito para que se mirara.

No faltaron en la exposición los dibujos de Andersen, quien fué además un buen dibujante; ni las porcelanas de la Manufactura real de Copenhague que representan personajes de sus historias maravillosas: el pobre rey de *El traje invisible* que sale desnudo bajo palio por las calles de su ciudad; la princesita que no pudo dormir porque sintió el haba que le habían puesto bajo veinte colchones y veinte edredones.

La vida y obras de Andersen han dejado tras sí una huella de imágenes de un encanto especial, como de cosas vistas a la luz de la luna. No en vano tenía veinticinco años en aquel 1830 romántico; no en vano fué contemporáneo de Nodier, de Vigny, de Hugo, de Musset y de George Sand; fué de las criaturas que guardaron con devoción la hoja arrancada de una corona colocada sobre la tumba de Goethe, el fragmento de piedra que coge del Partenón y la florecilla de los campos de Pompeya.

En estas imágenes se confunde lo vivido por el poeta con las creaciones de su fantasía. ¡Qué cosas bellas habría hecho Doré!

‘Aquí no más están las imágenes a flor de memoria, ligeramente patinadas por el tiempo, no envejecidas por los años, sino ennoblecidas por ellos, como el buen vino.’ A un leve golpe de la voluntad, se desempolvan y comienzan a pasar y a volvernos a encantar con su poesía en la que el dolor siente pudor de su desnudez y entonces aparece envuelto en un rico manto de ironía fina y de sutil melancolía. Aquí están como en el prefacio de Ana y Pedro Paraf en la traducción francesa de los *33 Claros de Luna*. No es posible sacarlas todas. ¡Son tantas! Una que otra, las más vivas. La primera es mía, fué dejada por mi propia vida,

pero se encuentran dentro del ambiente de aquellos cuentos. Es humilde como una brizna de hierba.

### Imágenes:

Es una muchachilla que lee un libro de pasta roja a la puerta de su casa. Es en la tarde y en una iglesia cercana suenan alegremente unas campanas. Es el primer libro que la chiquilla compra en su vida, con el dinero de un pequeño ahorro. Son unos cuentos de Andersen: *El cofre volador*, *El casco de botella*, *La sirenita*, *La sombra*. La niña lee y lee hasta que la última gota de luz cae del cielo; luego entra en la casa, la fantasía llena de las imágenes del mancebo loco que sube en su cofre mágico por las nubes y emboba a la multitud con sus juegos de artificio que estallan entre las sombras de la noche; de la sirenita que se enamora de aquel príncipe que nunca la quiere; de la sombra del sabio que se desprende de su dueño y se mete a curiosear por el balcón de la casa de enfrente.

Es un cuadro que parece pintado por un artista del Renacimiento. Dinamarca es el paisaje que sirve de fondo, con sus campos de lino y de avena, sus caseríos, sus castillos y sus prados en los que paca el ganado. Al frente una figura larga, enjuta, envuelta en la capa romántica. Las brumas tristes de los mares del Norte dan al conjunto una vaguedad de ensueño.

Ahora viene una humilde habitación en la Munkmolestroede de Odense en la isla de Fionia. A través de la ventana la niebla misteriosa. Acaba de nacer un niño en un lecho fabricado con los restos de un catafalco que sirvió para dar gusto a la última vanidad de un gentilhombre. Dicen que el padre del recién nacido era tan pobre que cuando se casó ni cama pudo llevar al hogar. Lo que hizo fué comprar los restos de un catafalco vendidos en un remate por los herederos de un noble señor. El niño es muy feo pero la madre no lo echa de ver y lo estrecha contra su corazón.

Es en la tienda de un pobre zapatero, mas la pobreza queda disimulada bajo las creaciones de la fantasía y del contento de quien vive sin hacer mal a nadie. Es como esas chozas que disimulan sus muros negros y agrietados bajo los festones de una enredadera florecida. Mientras el zapatero golpea las suelas con su martillo, cuenta historias maravillosas: *Los cisnes salvajes*, *La pulgarcita*, *Nicolasillo y Nicolasón*. Un niño feo, flaco, largo, esmirrado, con unos pies muy grandes escucha con la boca abierta. ¿Quién va a pensar en la pobreza?

Cuando no hay cuentos, allí están los muñequillos de madera esculpidos por el abuelo. ¿Cuántos modos tienen los pobres de engañar a la pobreza!

El padre muere, la madre va a lavar la ropa sucia de los burgueses de Odensa. También los ricos ensucian su ropa, no sólo los pobres, que todos estamos hechos con el barro de la tierra, ricos y pobres, a pesar de que los ricos creen que están fabricados con material diferente. El niño permanece en casa, mirando por la ventana las nubes y las cigüeñas que anidan sobre los tejados o que vuelan en ángulo



Los niños de Copenhague honran la memoria de Andersen. Interpretación del cisne en el cuento *El patito feo*.

huyendo del frío. A veces se va a casa de una vecina, la viuda de un pastor, quien le presta libros de Shakespeare. El niño,—la cabeza entre las manos—se sume en las aventuras de Ariel y no vuelve a acordarse de su propia vida.

Es en una fábrica de tejidos. Hay allí, como aprendiz, un chiquillo feo, largo, flaco, pero que canta con una voz dulce, fresca y transparente. A menudo sube el canto de esta boca triste y se remonta a través del ruido de los telares. Es como un hilo de oro que se pusiera a hacer delicados dibujos sobre una trama gris y tosca. Unos picaronazos que trabajan en la fábrica tienen sus dudas con respecto al sexo del muchacho que canta con una suave voz femenina y lo persiguen para salir de dudas. El niño no vuelve a la fábrica.

El niño se queda perdido entre las brumas de la Fionia. Ahora es un adolescente. Dicen que la fealdad se ha acentuado con los años. La madre se vuelve a casar. El muchacho quiere irse a rodar tierras y cantar en los teatros por esos mundos de Dios. La madre lo lleva a casa de una vieja que tiene fama de hechicera. Tal vez la sala adonde lo condujo estaba iluminada con unas luces fosforescentes y ojos de buhós acechaban en la oscuridad; seguramente que de las vigas pendían murciélagos y un gato negro ronroneaba en la sombra.

La maga augura con voz solemne y misteriosa:—Día llegará en que la ciudad de Odensa se iluminará en honor tuyo, muchacho!

El muchacho ha logrado entrar a cantar en un teatro. Hay un músico de renombre que al oírlo cantar ofrece ayudarlo. Pero un día el mozo pierde la voz.

Carmen Lyra

Costa Rica, Julio, 1930.

## Vendo:

Una CAJA DE FIERROS de carpintería para aprendices, en . . . . . ₡ 70.00

Un ESCRITORIO de cedro, charolado, con plancha de vidrio, y un SILLON giratorio, de resorte, ambos en muy buen estado, en . . . . . ₡ 200.00

Dirijase al Apto. Letra X  
San José.

El mozo siente como si una alondra se le hubiese escapado de la garganta y se queda mirando hacia las nubes con las manos tendidas hacia arriba en actitud anhelante.

Como ya no puede cantar, el mancebo busca la música por otros rumbos. Un poeta amigo le ayuda a entrar en la Universidad. Muy mal está Hans Christian Andersen entre aquel rector que se complace en humillarlo y estos compañeros menores que él y pertenecientes a familias ricas. Ya no se distingue cuál es Hans Christian Andersen y cuál es el Patito feo. Aquella universidad hace pensar en el corral: sus compañeros son los pollos y patillos que se burlan del pobre animal porque no se parece a ellos y el rector es el gallo de las Indias

dueño de unos grandes espolones y que se creía un emperador.

Este soldadito de plomo que no tiene más que una pierna porque cuando lo echaron en el molde no quedaba plomo suficiente, no me es desconocido. Yo he visto en otra parte el rostro que se esconde bajo el alto kepis. ¿Y la linda bailarina de papel a la puerta del castillo de cartón con sus árboles y su lago con cisnes hecho con un pedazo de espejo? La bailarina lleva una falda ligera de lino transparente y sobre los hombros, a manera de chale, una, cintita azul, en el centro de la cual brillaba una lentejuela tan grande como su rostro.

Yo sé quién es este soldadito que en los momentos de más peligro, permanece impasible con el fusil al brazo; que ve naufragar su barco de papel sin perder la serenidad; que se roza con la vulgaridad de una rata y pasa por una alcantarilla y por el estómago de un pez, sin dejar de ser el valiente soldadito y sin abandonar ni por un momento la ilusión que le producía el recuerdo de la linda bailarina que danzaba a la puerta del castillo.

Tampoco me es desconocido el deshollinador de porcelana que vivía en lo alto de un armario antiguo lleno de figuras y follajes esculpidos, al lado de una graciosa pastorcita también de porcelana. La pastorcita tenía zapaticos dorados y el traje adornado con una rosa fresca, un sombrero de oro y un báculo. A su lado se encontraba un pequeño deshollinador negro como el carbón, pero también de porcelana. El fabricante pudo haber hecho en su lugar un príncipe; lo cual le habría dado lo mismo. «Se convenían mutuamente: eran criaturas jóvenes, hechas de la misma porcelana y los dos igualmente débiles y frágiles.»

¿La linda bailarina fué creada por el poeta mientras pensaba en la pequeña Noemi, aquella cuya manecita cogiera él un día ya muy lejano, al meter la suya por la abertura de un muro para apoderarse de una fresa? ¿O fué recordando a Jenny Lind, que tan sólo quiso ser su hermana?

¿Y la graciosa pastora de porcelana que tuvo miedo de seguir a su amado más allá de la cima de la chimenea?

¿Es Luisa Collin o Federica Bremer? Acaso sea Rigmor Voigt, quien le escribiera una carta que fué quemada a la muerte del poeta—sin ser leída por nadie—después de haber pasado cuarenta años sobre su corazón como una reliquia.